



Semana Cómica

LIT. MIRALLES, UNION 17.

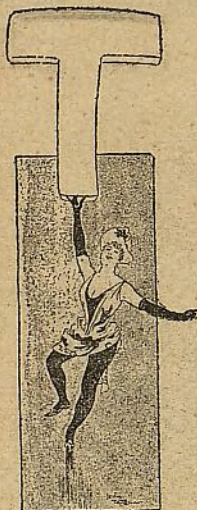
DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA



LUISA CAMPOS

Que vale mucho, salta á la vista.
Siempre que al teatro la voy á ver,
la escucho y digo: ¡Qué buena artista!
la miro y digo: ¡Qué gran mujer!

La Semana



Trátase de fundar en Barcelona un museo arqueológico, exclusivamente regional, en donde, á modo de reliquias históricas se conservarán con el alcanfor y la pimienta necesarios, toda clase de objetos que hayan pertenecido ó tengan relación con los personajes catalanes, desde Wifredo, el primer conde, hasta Rius, el primer marqués... de Olérdola.

No dudo yo que ese será un original y curioso museo de antigüedades, pero podría resultar también una leonera, una ropavejería ó un saldo procedente de empeños históricos.

Sin necesidad de leer á Me-lo, á Moncada ni á Bofarull, podremos enterarnos de la historia catalana, con sólo

echar un vistazo sobre los anaqueles, mostradores y perchas del futuro almacén de edades históricas, desde la antigua edad de piedra á la moderna edad del tarugo.

Allí veremos las rojas gramallas de los *Concelleres en cap* junto á los emborlados bastones de *Taulets* y *Fontrolonas*; el *punyalet* de Pedro IV al lado del cuchillo de *Pancha Ampla*; el enrejado capazete de los almogávares y el casco á la prusiana de la moderna guardia municipal; los peces de marra, ó de barras, ilustrados con el escudo de Cataluña, y el escabeche de atun ó la sardina de cubo que exportamos á Castilla; las puertas de Almería que nos trajo Berenguer IV y el impuesto «de puertas», representado por un pincho y una garita de las de consumos.

—Aquí tiene V.—dirá el cicerone— el auténtico y primitivo escudo de Cataluña, con las barras que pintó Carlos el Calvo, teñidos sus dedos en la sangre de Wifredo el Velloso.

—Hombre, me parece que los dedos de ese señor se le antojan á V. huéspedes.

—No lo crea V.: he dicho la pura verdad.

—En ese caso, reciba V. mi enhorabuena por ese pentágrama heráldico y pasemos á otra cosa.

No sabemos si guardará el museo alguna reliquia del «Consejo de los Ciento.»

La verdad es que el número es algo peliagudo y mueve á risa.

Yo de mí sé decir que en cuanto oigo nombrar el «Consejo de Ciento», la asociación de ideas me trae á la memoria el antiguo «Tribunal del Excusado», la Cámara de los Comunes y el Palacio de las Necesidades de Lisboa.

—Dígame V.: ¿de qué personajes son estos retratos?

—Esos son los Capitanes Generales que ha habido en Barcelona: Villacampa, Mina, el conde de España, Prendergast...

—¿Y el de ahora?

—Pues... no se atreven á ponerle.

—¿Por qué razón?

—Porque podrían mirarle los concurrentes y ¡ya ve V.! eso de poner los ojos en Blanco...

La dinastía de los Berengueres tendrá reservado un salón especial, ó por lo menos, ocupará el sitio de honor en alguna sala del Museo.

—¿Quién es aquel que esta asegurado de incendios?

—¿Ese? El «Cabeza de Estopa».

—¿Y aquel que han pintado en un platillo de café?

—Berenguer el *Curro*, será indudablemente.

Ante el tercero y más grande de los Berengueres—casado con una hija del Cid—se prosternarán devotamente los aprovechados jóvenes del día, que profesan la doctrina filosófico-social de la yernocracia.

Ocioso es decir que deseo al proyecto en cuestión el mejor de los éxitos posibles y que me alegraré de que en el Museo estén dignamente representadas lo mismo la espléndida Barcelona del Ensanche y del monumento á Colón, que su madre la *Barciluna* de los moros, su abuela la *Favencia* de los romanos y su tatarabuela la *Barcino* de los cartagineses.

No faltará caballero barcelonés que beba los vientos por pasar á la posteridad haciendo antesala en el Museo.

—Mira, Narciso,—le dirá su señora— hoy he dado á una pobre mujer toda la ropa que desechaste el invierno pasado. Dos pantalones que acaban en fleco como las toallas, un chaleco lleno de arrugas como vientre de acordeón y tres levitas caídas en desuso.

—¡Ah, cuitada, manirot y poco precavida mujer! si así te empeñas en regalar por ahí cuantas prendas se me caen de puro viejas, el día en que yo deje de existir, no va á haber ni una mala camiseta que envíar al Museo de catalanes ilustres.

Da gusto vivir en esta Barcelona tan activa, obediencia y hospitalaria que en ella toda idea política encuentra sectarios á porrillo y toda tendencia social halla partidarios á *tutiplén*.

Hace poco, temimos vernos envueltos por la ola socialista que ahora amaga á Berlín; nos parecía que ya tremolaba en el Montjuich la roja bandera anti-burguesa y creímos encontrarnos en la víspera del estreno de esa obra en varios actos... brutales, intitulada «La huelga universal.»

Se volvió la tortilla como por arte de encantamiento, y he aquí que la bandera roja se convirtió en el estandarte blanco de los legitimistas, las blusas y las teas revolucionarias trocáronse en boinas y trabucos y lo que temimos fuera la segunda edición de la *Commune* resultó un banquete dado en honor del marqués de Cerralvo.

Para recibir la saludable impresión de dos sensa-

ciones contrarias y alternativas no tomen ustedes un baño ruso.

Les basta mirar con interés este ciclorama de la vida barcelonesa.

Verdad es que se comprende esta afición de los comunistas y carlistas á Barcelona.

Porque es ciudad limítrofe, y lo que el carlismo y el socialismo quieren es «llegar á puerto.»

LUIS ROYO VILLANOVA.

LOS DOS ALTARES.

I

En un oscuro rincón
del coro del monasterio,
con semblante duro y serio
y fingida devoción,
se encuentra el altivo rey
que, usando de malas artes,
sentir hizo en todas partes
el capricho de su ley.
¿Pero es que reza? No tal.
Aunque en su actitud dé ejemplo,
se distrae mirando al templo
gallardo del Escorial,
y con placer infinito
se repite de este modo:
—¡Todo es mío! ¡todo! ¡todo!
¡todo! ¡todo es de granito!—

II

Con paso inseguro y lento

se le acerca el confesor,
y le pregunta:— Señor...
¿llega el arrepentimiento?

Y el rey clava su mirada
en aquel rostro marchito,
y le responde:— ¡Maldito,
si vo, padre, siento nada!
—¡Eso es malo!— Y muy sereno
le dice el monarca así:

—¿Que eso es malo? Pues á mi
me parece lo más bueno.

—¿Vuestro amor no os causa es-

[panto?

¡olvidadle!— Y ¿para qué
voy á intentarlo, si sé

que no hay fuerzas para tanto?

—¡Dios os oye!— Me oye Dios...

¡Gracias por vuestro interés!—

—¡Y *El* ha de juzgaros!— ¡Pues

callad entretanto vos!

—¡Mirad al altar bendito!...

—Ya veo, padre, ese altar,
que yo mismo hice formar
entre muros de granito...
Pues ahora escuchad con calma,

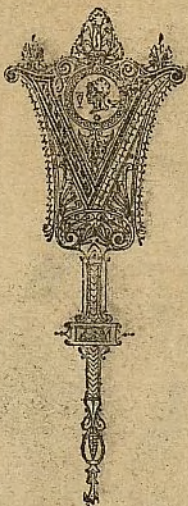
tomando mi afán en serio:
lo mismo que el monasterio,
de piedra toda es mi alma;
y como en aquel, señor,
labré yo mismo un altar
ante el que voy á rezar
dulces plegarias de amor..

Conque... así, nada me arredra,
pues tengo en mi amor fé viva...

¿Y quién este altar derriba,
si le defiende la piedra?

LUIS DE ANSORENA

CARTA DEL MUERTO



verdaderamente no sé todavía como fué aquel paso de lo que era á lo que soy, ni cuando el momento misterioso en que dejé de ser.

De lo que no tengo duda alguna es de este hecho: me he muerto, lo que se llama en el planeta morir.

Yo estaba apercibido para el supremo instante: he sido de los que, á contar de la mitad de la vida, buscan la revelación del misterio, y tenía tomadas todas las posibles medidas. Ya había yo hecho antes alguna tentativa en este sentido con dos amigos fidelísimos y probados; algo que podría llamar pacto ultra terreno. Convinimos en satisfacer la curiosidad del que quedase, contándole, por la revelación ó por el medio que fuese factible, lo que hubiere más allá de la muerte. Y se murieron ellos, como me he muerto yo, y no solo no supe nada, sino que todavía ignora á donde han ido á parar.

Es una situación absurda y extraña la mía. Yo es-

cribo esto en unas cuartillas que están sobre una mesa, que no sé de quien pueda ser ni me importa, pero ignoro como llego al prodigio de escribir sin tener manos y sin recurrir á los medios aparatosos de esos imbéciles de espiritistas. Pero el hecho de que yo soy quien escribe, es tan cierto para mí como el de que he muerto hace diez y siete meses y ocho días.

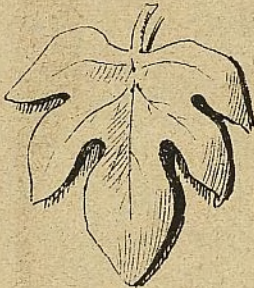
Vuelvo al principio, á aquel sutilísimo é intangible momento en que dejé de ser el semoviente á quien llamaban don Juan mis criados, Gonzalez mis amigos de la oficina, y *ese* mi mujer y mi suegra. Pues sigo con la misma duda insaciada de toda mi vida y sin haber adelantado nada en cuanto al *gran misterio*.

En cuanto sentí los primeros síntomas de la enfermedad que me arrebató prematuramente, según dijeron unos amigos periodistas que tuve, me preparé para el suceso esperado. La verdad es que yo estaba aburrido de vivir y quería cambiar de algún modo; mi mujer hizo como que se alarmaba, ó se alarmó, en efecto, y llamó al médico, aunque mi suegra aseguró que no me moriría de aquello, ni de otra cosa, porque, según dijo, yerba mala nunca muere. Es tan enérgico el instinto de conservación, que á pesar de mi manera de ver la muerte, casi agradecí á mi suegra sus palabras.

Fué el médico á casa, en los momentos en que estaba yo con fiebre muy alta. Me pulsó, me obligó á sacar la lengua, lo cual hice de mala gana, me colocó el termómetro clínico en el sobaco, puso dos recetas y se fué. Le oí pararse en el pasillo con mi



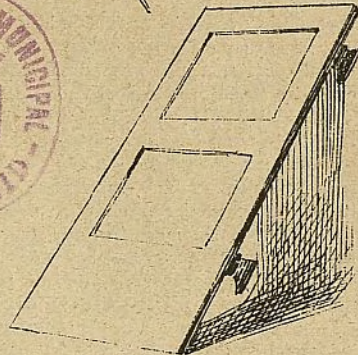
HEMBRAS



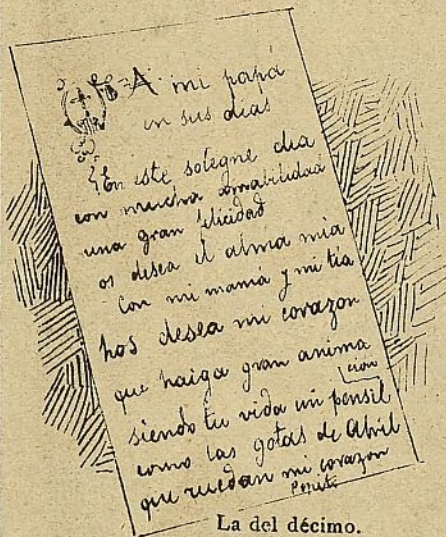
La hembra del ojo.



La del libro.



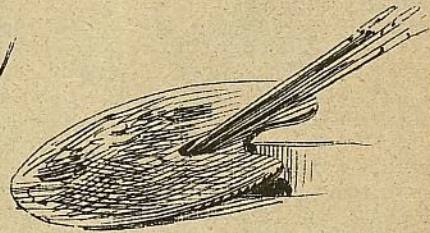
La del puerto.



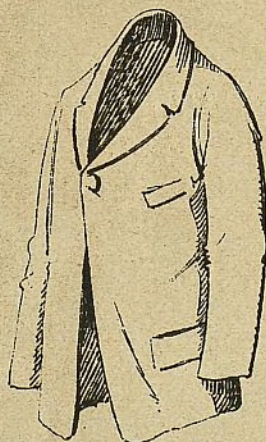
La del décimo.



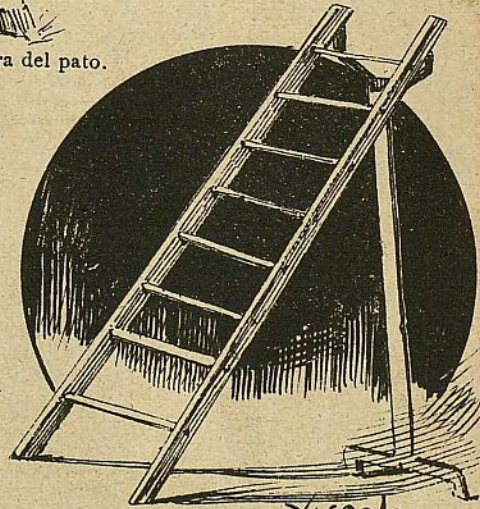
La hembra del pato.



La del paleta.



La del americano...



y la mia.

scaler

mujer y mi suegra, sin duda para decirles que yo estaba de cuidado, lo cual pudo hacer delante de mi, porque me era indiferente, y luego vi volver á mi mujer con el rostro desencajado, señal evidente de que yo había sospechado bien.

El médico volvió por la noche, y tres veces el día siguiente, y tan tenaz y cuidadoso le vi, que temí en ocasiones que aquel diablo de hombre se saliese con la suya y me pusiese bueno. Pero al séptimo día supe que llamaba á dos médicos más, y entonces si que tuve esperanzas de acabarme pronto. Con uno se podía luchar; con tres, imposible.

Me sobaron sin consideraciones, me hicieron sacar la lengua por turno, ó sea tres veces, sin respeto á la dignidad de un hombre serio y desconocido para ellos, y se metieron en el gabinete, cerrando luego la puerta. Debieron irse por la del despacho, porque no volví á verles. Las consecuencias de aquella reunión, fueron varios bebedizos nuevos que me daba mi mujer, pero á pesar de ellos, yo sentía que Juan Gonzalez se iba por un agujero invisible.

—*Aquello se acerca*— me dije con perfecta claridad. No obstante, la fiebre me caldeaba como una hoguera.

Hice acopio de serenidad y puedo jurar que no sentía emoción alguna, antes bien cierto íntimo desahogo por llegar al conocimiento de la última novedad sin ayuda de nadie. Diré—si puede pasar la palabra—que me fui *desdoblado* poco á poco, de tal modo, que en la cama iba quedando el Juan Gonzalez de carne y hueso, mi *yo* inseparable, y sobre la cama, como si fuese ténue nubecilla de humo, el otro Juan Gonzalez intangible en que me convertí hace diez y siete meses y ocho días.

Me agravé considerablemente por la noche, tanto que mi mujer creyó llegado el caso de arrodillarse junto á la cama y besarme las manos, y cuando vino el enredador del médico, oí como á través de una pared este diálogo rápido:

—Se muere ¿verdad?

—Antes de una hora; ya no siente ¡Pobre Gonzalez!

Sin duda porque ya no sentía, mi mujer y su madre armaron un alboroto más que regular en mi despacho, y conmigo se quedaron el jefe de mi negociado, el médico y un par de amigos más. Y entonces, seguro ya de que antes de una hora iba á saber *aquello*, me recogí, me agazapé detrás de aquella esquina que separa la ignorancia del conocimiento, y esperé.

Pues... di vuelta á la esquina en el plazo fijado por el médico y me quedé como antes; sentía así como el pasajero aturdimiento que se experimenta al zambullirse rápidamente de cabeza en el agua, pero nada más. ¿Cómo detuvo su movimiento el corazón regulador de la vida que me abandonaba? ¿cuándo paró su marcha la corriente vivificadora de la sangre por las arterias? ¿en qué momento se hizo la oscuridad en el noble alcázar de mi cabeza, lleno de minutas y reales órdenes? No lo sé: el misterio es misterio todavía.

Me dió profunda lástima aquel mísero Juan Gonzalez, rígido en su cama, con un ojo abierto y otro cerrado, pálido, flaco, triste. Le miré con asombro, como si no fuese yo mismo, y cuando le metieron en el ataud, me pregunté con dolor si era aquel el dignísimo oficial de la clase de segundos que con tanta fortuna había resuelto cientos de expedientes.

Después del desenlace, mi suegra empezó á hablar alto y á consolar á mi mujer, procurando hacerla ver que maldito si había perdido nada. Tal ira me dió oír que me llamaba *memo*, que quise meterme, yo, el Juan Gonzalez incorpóreo, en el cuerpo inmovil del otro Juan Gonzalez; pero no di con la entrada y me quedé fuera.

Y así estoy desde que abandoné á Juan Gonzalez, solitario y flotante por esas calles y preguntándome con despecho, después de ver que no he conseguido nada:

—¿Para qué me habré yo muerto, Dics mío?

FEDERICO URRECHA.

METEMPSÍCOSIS.

METEMPSÍCOSIS:— Transmigración de las almas.

Diccionario de la Real Academia.

Que es verdad la Metempsicosis ninguno podrá dudarlo, si leen con atención de mi lógica estos párrafos.

Se dice que cada quisque tiene su *alma* en su *almario*, y como el alma es la *esencia* de la vida, no hay reparo en asegurar que era el *alma* de Don Ciriaco, un talego de doblones de *polilla* y sol guardados.

Esto supo,—no sé como—

un ratero *desalmado* y por no vivir sin *alma*, robó el *alma* del avaro.

Transmigración bien patente: el *alma* de un hombre honrado pasó á ser *alma* de un pillo ¡que se la jugó á los dados!

Amó con delirio á Juana un poetilla muy romántico, que en sus versos la decía: —¡*Eres mi alma*, mi encanto!— Vió á la pollita un teniente, y como que nunca el bárbaro

alma tuvo, al ver un *alma* con un cuerpo de tal garbo, la puso sitio y logró, tras un coloquio *animado*, cargar con ella: otro ejemplo de transmigración al canto. El *alma* de un mal coplista pasó á un militar, y al cabo vino á ser *alma* de muchos, por ser *alma* del escándalo.

El *alma* de una *fracción* era el jóven Policarpio por sus bellas *cualidades*

y sus *intachables* actos.
Sus discursos... ¡qué discursos!
¡terribles, incendiarios!
Contra el poder existente,
¡qué firmeza! ¡qué entusiasmo!
Mas ¡ay! esta *alma* política

transmigró al cabo de un año
al cuerpo de un mal ministro
que le dió un empleo en pago.
Mas sucedió que hubo *crisis*,
cayó el ministerio al cabo
y hoy Policarpio *cesante*,

no es más que un *alma de cántaro*.

—
Me figuro bastarán
de mi lógica estos párrafos
para que en la metempsicosis
creán los *desanimados*.

JOSÉ M.^a CODOLOSA.

Patología humorística.

LA CACAREOVARITIS

Al Sr. D. Alberto Llanas, á quien no tengo el honor de conocer, pero á quien alabo y aplaudo por su precioso artículo, *Una sesión en el cerebro*. (1)

I.

Trátase de una nueva enfermedad, que rara vez es mortal; pero que más valdría que lo fuese, porque se trae unas consecuencias... Ya verán Vds.

En esto de enfermedades, como en todo, tiene imperio y hace mangas y capirote la moda, de acuerdo con la prensa y demás elementos de empuje; y cuando no las inventa, hace que salgan á luz con todos los nombres y apellidos que tuvieren, de manera que resultan como desconocidas; así, á la fiebre catarral la ha hecho lucir todos sus títulos en estos últimos tiempos, y ya ven Vds. si ha tenido éxito ese vulgarísimo alifafe humano, pariente del moquillo y de otras lindezas.

Cierto que los médicos han de hacer nuevas á las más usadas enfermedades. Claramente: así disculpan las torpezas que cometen al quererlas combatir.

—Pues señor,—dicen ellos—¿cómo hemos de curarla, si esta enfermedad es de última novedad?

Ahora bien: ¡qué génio diabólico es el inventor de las enfermedades, el que las combina y arregla de modo tan variado! ¡Pensamiento hondo!

Meditaríamos en esto, si nos sobrara el tiempo, pero, á la verdad, nos falta para hacer un estudio de *La Cacareovaritis*, vulgo *Pon-Pón*.

Esto lo hacemos, porque la epidemia se acerca y es necesario que estemos todos prevenidos.

La epidemia ha empezado en la Rusia Meridional (muy *sic*) y ya ha llegado á París y poco después á Londres.

Por supuesto, que ha trastornado á los sabios, que se dan de cachetes disputándose, y se devanan los sesos por estudiarla; como que trastorna lo que había hoy establecido como innegable la ciencia. Pongan Vds. un poquito de atención.

El enfermo, antes de estarlo y cuando aun se halla en su cabal salud, sueña durante algunas noches mil cosas extravagantes; después comienza á no sentirse bien más que al sol ó al abrigo de alguna confortable habitación; con esto le entra una muy singularísima y extraña manía de andar por los rincones, como si en ellos hubiera perdido alguna cosa y se propusiera buscarla.

Síntomas característicos que no deben ser olvidados: un *pope* ruso miró hasta los rincones de un viejo armario alcena y hasta el fondo de un tonel de aguardiente.

Siéntese peso en la panza estomacal, peso que luego se va sintiendo hasta el bajo vientre. Las orejas del enfermo se ponen lijaramente son rosadas; la fiebre, en este periodo, es lijera, y la temperatura no muy alta.

En el segundo periodo, la fiebre es á intervalos algo más intensa, pero no tan grande que impida al enfermo ir y venir á donde le plazca; las orejas suben del rosa al encarnado, y luego insensiblemente y por fin, al grana vivo ó rojo cereza; la manía de buscar rincones se acentúa y surgen dos síntomas nuevos: no hay quien pueda hacer á los enfermos acostarse en la cama de noche ó á las horas en que para el reposo del sueño se busca descanso; para dormir han de encaramarse ó á las sillas ó sobre las mesas, los armarios, los puntos altos; y duermen de pié y se recojen á la hora de anochecer y se despiertan á la del alba.

Por fin, á una irritación laríngea incómoda é irresistible, sucede, á pesar de los esfuerzos que por moderarse hacen algunos enfermos, el vivo deseo de producir con la garganta un chillido singular, carraspeo agudo y prolongado:

—¡Gehéhéhel! ¡gehehéhéhééé!

Y al fin abaten la cabeza, se ocultan en alguno de los rincones preferidos y están en ellos un rato, al cabo del cual salen gozozos, enloquecidos, cantando...

—¡Por... ¡or-poneer! ¡por... poneer! ¡por-por-por-poneer!

Esto, según la voz del sujeto; á un tenor le atacó la enfermedad y fué un encanto oírle el grito espasmódico del cacareo; en cambio, ha habido enfermos á quienes era angustioso y atormentador oírlos, por su voz nasal ó bronca, destemplada ó excesivamente chillona.

A muchos miembros del Parlamento inglés les ha atacado el espasmo del cacareo á la mitad de un discurso; á un abogado francés en el momento de formular una defensa; y como la epidemia es contagiosa, los graves magistrados, unos haciendo el *gehééé* y otros cantando el *por-por-por-poneer*, armaron un ruido de mil diablos, contrario á la magestad y severidad de la sesión de un tribunal.

II

Lo que maravilla y suspende, lo que trae revueltos y trastornados á los sabios, es que ya no se trata de una enfermedad nerviosa, ni de una manía ó locura, por la que, como en otras, el hombre se cree lobo ó burro. Aquí se crea una gallina. Esto

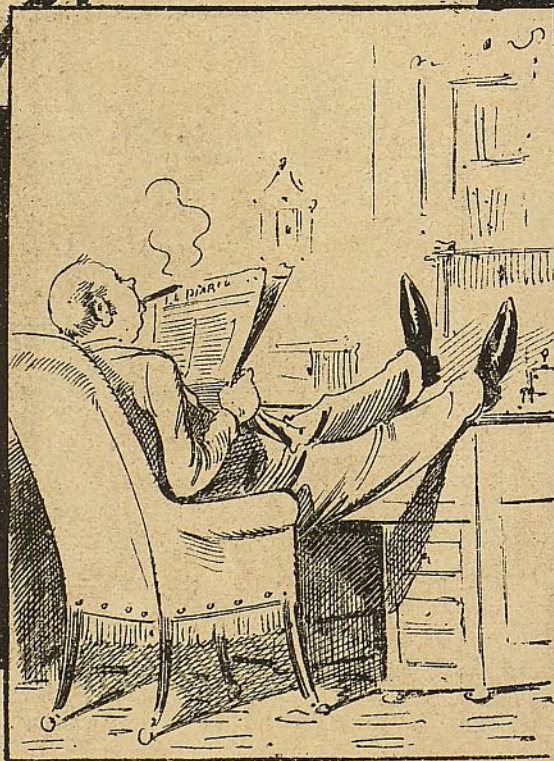
(1) Publicado en el número 138 de LA SEMANA CÓMICA.

PAYESERIA, POR CILLA

INJUSTICIAS SOCIALES, por CILLA



La comida del que cobra 50 duros diarios.



Como se ganan los 50 duros.

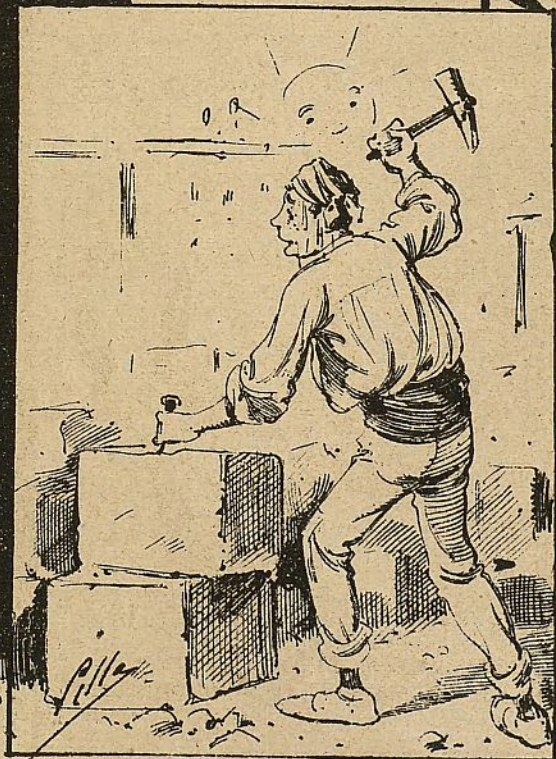


—Pues *afigúris vostè* que mientras estuvimos en la *l'ada*, aquí en Barcelona, la comida nos salía un día con otro, por cuatro pesetas.
 —Bien, pero comería Vd. en mesa redonda...
 —No señor: era *llargaruda*

INJUSTICIAS SOCIALES, por CILLA



La comida del que cobra 8 reales.



Como se ganan los 8 reales.

de que el hombre se convierta en bestia, es verdad que los sabios prueban; lo extraño es... que hombre ó mujer, el enfermo deposita en el rincón en que se oculta, un huevo tamaño como el de una gallina... Y he aquí llegado lo de las diferencias en ovíparos y vivíparos y hasta las diferencias sexuales... Es cosa de volverse loco esto de entender á la caprichosa naturaleza.

Por la *Cacareovaritis*, no ya tan solo, como en otras enfermedades, los enfermos se afean gesticulando, ó deformados en flacos ó gordos con exceso, si no que complican la terrible fatalidad denunciada por Molties. Por lo demás, figúrense ustedes lo que será una población atacada de esta enfermedad..... Un gallinero. El mundo moral está también trastornado, porque de tales posturas nacen hombrecillos y mujeres, y si los blancos hemos hecho esclavos á los negros, por solo la diferencia de color, figúrense Vds. la suerte que les espera á tales productos morbosos: la raza ovariana, los hijos del huevo, seres cuyo tamaño no llega á más de un palmo.

Esto hace creer que ha debido existir en algún

tiempo tal epidemia ¿De dónde provienen, sino, los sietemesinos?

Ocurre una pregunta: ¿qué hará la humanidad de estos huevos?

Alemania mandará más de ciento y tantos millones de huevos al desierto de Sahara, para que al calor se le logre un ejército que oponer á los ovarinos franceses, y Francia, por su parte, empujará los huevos en Argelia. ¿Qué será de nosotros si no conservamos Filipinas y Cuba?

¡Qué espantoso será hoy, sobre todo para la nueva sociedad inglesa «protectora de los huevos» ver á cualquiera comerse una tortilla! ¡Antropófago!

Y basta de extravagancias, con las cuales demuestro que la incoherencia es la facultad más travesada de la alta cámara cerebral, cuyas sesiones tan bien lleva y tan admirablemente expone Alberto Llanas, mi ingeniosísimo compañero, á quien deseo salud, así como al lector se la deseo, y á mí, con el perdón de ambos por este camelo... Y conste que con otros no menos extravagantes nos suele sorprender la madre naturaleza, ó los hijos de Galeno y hermanos de Dulcamara.

JOSÉ ZAHONERO.

HOJA DE ALBUM

En el de mi bella amiga
Mercedes Gras.

Ya, Mercedes gentil, que me concedes la merced que, por tuya, es gloria mía — tan solo comparable á otras Mercedes que nuestra tierra generosa cría — de poblar, yo el primero, de borrones, estas primeras hojas, hoy desiertas de pájaros, rosales y canciones; bendigo el Album, que tu mano envía, y abro de par en par sus blancas puertas, para que, así, la amable poesía, á celebrar tus gracias destinada, las halle luego á su entusiasmo abiertas.

Pero, no has hecho bien; aquí, á la entrada, ¿qué hará mi musa pálida, cargada con mis poquitas esperanzas muertas?... Cuantos pasen, poetas y pintores, al verla de portera en la portada, con sus terribles ansias encubiertas, sus vicios fuera, ocultos sus dolores, van á estirar la mano, bella amiga, y á humillarla tal vez con sus favores, como á cualquier mendiga desgrefiada... ¡si es que antes no la estira la mendiga y les da una tremenda bofetada!

Porque, eso sí, Mercedes: orgullosa lo es la musilla, amor de mis amores, aunque, más que ella altiva, eres tú hermosa. Con que, ahora echa tú cuentas... ¡serás linda, que has conseguido que á tus pies de rosa sus vanidades mujeriles rinda! Y eso que aquí mi musa callar debe cuantos primores tu inocencia brinda,

al mostrarse en conjunto tu hermosura, bañada del relámpago de nieve que es tu más escondida vestidura; y que no solo es bella tu escultura, sino que, inocentísimo y risueño, por tu frente tu espíritu se mueve, como la sombra de la luz de un sueño...

Mi musa no se atreve á celebrarte, porque al fraude ilegal nadie se atreve de ser á un tiempo mismo juez y parte; porque, hija tu del sol puertorriqueño, tienes, como mi musa, tu paisana, azul el alma, el corazón trigueño... ¡y así, de madre, de la madre tierra, eres, Mercedes, de mi musa hermana!

Lejos tú de sus faldas maternales, florece aquí tu juventud lozana, mas yo vuelvo á las faldas de mi sierra, á cuestras con mis sueños inmortales...

Ya sabes que me voy; inútil guerra libré, corriendo tras la gloria vana, con este corazón que me ha vencido... y enfermo hoy torno á mi rincón querido, sin la esperanza de lograr mañana el sueño alegre de mi fé perdido... ¡el sueño aquel de la gentil casita en el bosque repuesto y escondido y la muchacha pálida y bonita, que iba á ser reina del amante nido!

Y allá voy á morir; porque estos huesos, quien me los dió al nacer, los necesita ¡y á entregar voy, como postrer ofrenda,

al puñado de tierra que los guarde
otro puñado de amorosos besos!
Porque apagarse en mis entrañas siento,
como la media luz que da la tarde,
antes de que la noche la sorprenda...
Presentimiento es, presentimiento

que no va unido á la aprensión cobarde...
Pero, suceda en mi lo que suceda,
le robo un poco á mi terruño amado
de esta alma suya, que dejar me veda...
¡y el cuerpo del delito en tu Album queda,
en actitud de orar, arrodillado!

JOSÉ DE DIEGO.

EL TIO PABLO

—¿Tiene usted perejil, Tío Pablo?
—¿Me hace usted el favor del serrucho, Tío Pablo?
—¿Tío Pablo! ¿Tiene usted una hoja de laurel?
—¿Tiene usted un poco de pimienta, Tío Pablo?
—¿Tío Pablo! ¿Sabe usted qué hora es?

Y el Tío Pablo tiene en todas ocasiones perejil, sal y pimienta, azafrán, hojas de laurel, harina blanca y *cuarterona*, manteca de cerdo mallorquín, hierbas para guisos y guisotes y para la curación de todas las indigestiones que estas producen; toda clase de herramientas para la restauración *interina* de los muebles desvencijados, ya por accidentes fortuitos, ya por la desapiadada acción del tiempo; tiene también hora fija todos los días del año; y finalmente, tiene todo lo que pueden necesitar los vecinos *honrados* que no arrojan porquerías á los *jardines* del susodicho abastecedor.

El Tío Pablo llama porquerías, hasta á los fósforos de cerilla que han prestado ya sus servicios.

¡Desgraciado el vecino que rompe con él!

Yo, *hace* ya quinquenio y pico que soy vecino *honrado* del Tío Pablo; soy, en mi calidad de escritor de nuestras costumbres (buenas y malas), no solamente investigador, hasta en ocasiones entrometido; pero no he podido descubrir aún como castiga el Tío Pablo á los vecinos que le molestan; no sé en que clase de infundios les envuelve, pero es el caso que ninguno de los que rompen las hostilidades con el Tío Pablo aguanta en la casa más allá de ocho días.

Los procedimientos diplomáticos del Tío Pablo nadie los conoce, pero es lo cierto que al Tío Pablo le respetamos todos los vecinos y algunos hasta le temen.

Y no es que les infunda este temor el cargo de sereno que el Tío Pablo ejerce en una de las mejores quintas de recreo de San Gervasio de Cassolas, cuyos propietarios, además de sereno propio, sostienen infinidad de colonos, *colonas*, cocheros, lacayos, mozos, cocineros, criados, amas, etc. y costean además la alimentación, conservación y reproducción de varias castas de animales útiles, inútiles y hasta dañinos.

En esta exhuberante quinta de recreo ejerce el Tío Pablo de Providencia nocturna. Durante la noche, está al cuidado de los mastines encargados de castigar á los malhechores que se atreven á turbar el sueño de los señores, é individuos de la servidumbre.

Para vigilar á los citados mastines sirve perfectamente el Tío Pablo; para otra cosa, no señor. Tan pobre es su constitución y tantas veces ha celebrado ya su cumpleaños, que bastaría medio empujón

de cualquier malhechor impuber para derribarle por una temporada.

Y cuidado que ni para bostezar ni para estornudar suelta por la noche su afilado chuzo, que para luchar á brazo partido podría ser para él, llegada la hora del tambaleamiento, sostén que retardase la caída de su diminuto cuerpo.

Hombre de bien lo es á macha martillo. Ni reuniendo todos los sesentas por cientos que cobran todos los prestamistas de la Península Ibérica, sería posible conseguir que el Tío Pablo, no digo *ensuciara*, empeñara su nítida hoja de servicios.

¡Y codicioso lo es como el primero! ¡Y tan codicioso como avaro! Da el perejil, azafrán, laurel, pimienta, etc., por el vil interés. Si al devolverle las herramientas le dan las gracias en metálico, toma lo que le entregan. Solo da gratis la hora, pero únicamente á sus parroquianos. Si para esto sólo le molestan, cuando monda patatas, friega los platos, lava los sueños, etc., etc., etc., como los presidentes de las Cámaras Inglesas, se reserva el derecho de *no oír*. Queda luego en paz, con decir que estaba dormido, que para los serenos es pretexto que pueden utilizar en todas ocasiones.

Saber vivir, sabe vivir; todo lo sacrifica á su felicidad, sosiego é independencia. Unicamente abdica sus derechos de sol á sol.

Para conservar durante el día esta felicidad, sosiego é independencia, vive enteramente solo, á pesar de que corre muy bien con su consorte y con los hijos respectivos. Ellos y ella corren en Barcelona, y él en San Gervasio de Cassolas.

¡Desgraciada de la madre de sus hijos y desgraciados de estos hijos, si viviendo con el jefe de la familia, llegaran alguna vez á pisar las plantaciones del huerto-jardín del Tío Pablo!

¡Y nada más fácil!; son tan angostas las calles de este paraíso en miniatura, que ni un par de mondadientes podrían pasar del brazo.

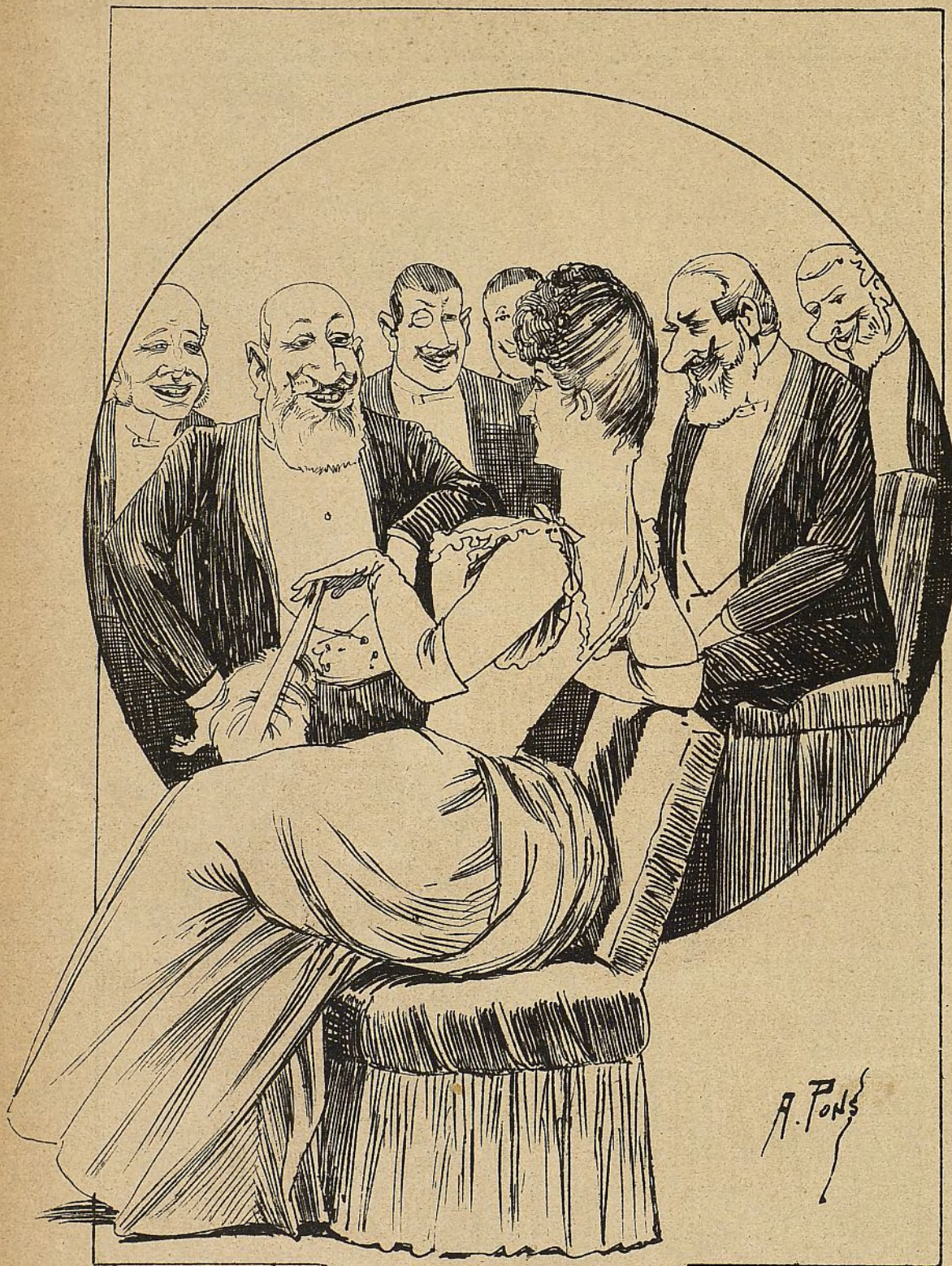
¡Es verdad que no sobra terreno para malgastarlo en caminos vecinales!

Hasta ahora había yo creído que si al verificar las plantaciones, no guardaban estas la distancias convenientes, sólo fructificaban, á expensas de las demás, las que necesitaban y adquirían mayor cantidad de savia. Nada de esto ocurre en la propiedad *accidental* del Tío Pablo. En ella campan y medran flores y hortalizas, árboles y arbustos, y todas las especies de hierbas medicinales conocidas. No hay en todo el principado de Cataluña malvas que ostenten mayor lozanía.

Ninguna de las setecientas plagas que pudren hoy á nuestros agricultores se ha atrevido á saltar las tapias del huerto-jardín del Tío Pablo.

Según noticias, por cierto muy autorizadas, el

COMO LO CUENTA ELLA, por PONS.



—¡Oh, es un caballero! Un día me cogió un aderezo de cuatro mil pesetas y lo empeñó, por lo que le di con la puerta en las narices.

COMO LO CUENTA ÉL, por PONS



—Tuvo el atrevimiento de pedirme un aderezo de cuatro mil pesetas y empeñarlo luego.
¡Oh, es una señora!

terreno mejor cultivado y más reproductivo del mundo es el llano del Llobregat, pero por lo visto, el célebre publicista inglés que esto asegura, no conocía la milagrosa vegetación del terreno que el Tío Pablo cultiva.

Y no será porque tengan sus tierras condiciones especiales: yo en mis jardines (contiguos al suyo) solo he podido lograr que prosperara un cerezo: un triste cerezo, que se ha empeñado en ofrecer sus productos á los transeúntes, productos que alcanzan (antes de sazón, por supuesto) los chiquillos traviesos de San Gervasio, que pagan con usura

mis cerezas, no en dinero, sino en guijarros y tronchos.

En la próxima temporada, pienso obsequiar con estos tronchos al Tío Pablo, porque tengo la completa seguridad de que, bajo su entendida dirección, producirán todo cuanto á él se le antoje: piñas de América inclusive.

Porque el Tío Pablo, más que al reino animal, pertenece al vegetal, y estudiándose á sí mismo, ha resultado uno de nuestros primeros botánicos: tal vez el primero.

ALBERTO LLANAS.

LA PAGINA ETERNA.

La página más sombría,
la más triste de mi historia,
la que mi cariño guarda
y tu ingratitud pregonada,
resumen de mis afanes,
compendio de mis congojas,
prólogo de mi desdicha
y epílogo de tu obra,
no he encontrado caracteres
que duren más de una hora,
con que dejarla grabada
en esa fragil memoria,
y se pierde á cada instante
de tu cerebro en las sombras,
porque de buena te falta

lo que de bella te sobra.
Ante la amenaza, altiva,
ante la súplica, sorda,
mezquina para favores,
para ingratitudes pródiga,
para los afectos tarda
y para el olvido pronta,
no dejan la menor huella
en tu corazón de roca
ni las acerbas censuras,
ni las mentidas lisonjas,
ni promesas de alianza,
ni amenazas de discordia,
ni homenajes de respeto,
ni conatos de deshonra,

ni sinceridad de fondo,
ni pulcritudes de forma.
Perdidas las esperanzas,
en esta lucha infructuosa,
el ánimo desfallece
y la fuerza me abandona.
Pero la página eterna
la grabaré en tu memoria;
porque noto por momentos
que la pasión se desborda,
y si la fé y la constancia
perpetuarla no logran,
la escribiré al fin con sangre...
¡que la sangre no se borra!

FRANCISCO CAPELLA.

¡LOS REFRANES!



Dicen que los refranes son la galanura de nuestra lengua y que constituyen filosofía y que sé yo cuanto más. Pues yo les probaré á ustedes que son en su mayor parte inocentadas y que no hay tal galanura ni tales carneros.

Y si no, veamos.

A quien madruga Dios le ayuda, habrán oído ustedes decir. Pues yo les respondo que más vale á quien Dios ayuda que quien mucho madruga. Y sobre todo, que no por mucho madrugar amanece más temprano. Y ya tienen ustedes tres refranes, dándose de cabezadas entre sí y con el sentido común inclusive.

También se dice que más valen muchos pocos que pocos muchos, sin fijarse en que más pesa un buey que cien golondrinas. Y que donde se pierde la capa es el buscarla, sin reparar en que el gato escaldado del agua fría huye. Y que los niños y los tontos dicen las verdades, sin notar que el que con niños se acuesta sueña (por no decir otra cosa) se levanta.

Por lo mismo, á quien diga á ustedes que más vale saber que haber, pueden contestarle que asno con oro alcánzalo todo, ó que quien tiene dineros pinta panderos. Y al que le diga: si de esta salgo y

no muero, nunca más bodas al cielo, está bien que le respondan: nadie diga de esta agua no beberé. Y si hay alguien que les enseñe lo de que no hay bien ni mal que cien años dure, replíquense que el que nace para ochavo no llega á cuarto.

Así, por este estilo, hay contestación para todo, de refrán á refrán. ¿Qué uno les dice: nadie es profeta en su patria? Díganle ustedes que á tu tierra, grulla; ó que en tierra ajena la vaca al buey acorrea, ó que cada gallo canta en su muladar. ¿Que oyen ustedes decir: en casa de mujer rica ella manda y ella grita? Siempre queda el recurso de contestar que donde hay patrón no manda marinero. ¿Que cualquiera dice: por un clavo se pierde una herradura? Pues no se inmuten ustedes: respóndanle que un garbanzo no descompone la olla, ó que una golondrina no hace verano.

Y á juego.

Cuando escuchen ustedes que el mandar no quiere par, replíquense que más ven cuatro ojos que dos (que también es refrán, aunque es una bobada, como otros muchos). Si sus interlocutores dicen por acaso que quien se levanta tarde ni oye misa ni come carne, al punto contesten que más vale tarde que nunca; aunque esto ya falsea, porque queda á los contrarios el recurso de objetar que al burro muerto lo cebada al rabo.

Lo seguro es cuando hablan de que ese es tu ene-

migo que es de tu oficio; entonces ya puede uno darse importancia y decir que lobo á lobo no se muerden. Lo mismo que cuando se oiga: al gusto estragado lo dulce le es amargo: ¿quien no vence diciendo que de gustos no hay nada escrito?

Pues no para aquí la cosa. Estas contradicciones de los refranes darian tema para muchas cuartillas, que ocasionarian á ustedes muchas molestias, (si las leian) y á mí muchos trabajos. Tengo, pues, que abreviar.

Concluir, de ninguna manera. No puedo menos de notar que eso de *haz bien sin mirar á quien* es contrario de lo de *cría cuervos y te sacarán los ojos*; palmaria contradicción que no pasó sin protesta. Como no pasó aquello de *antes que te cases mira lo que haces*, después de saber que *quien más mira menos vé*, y, además, que *por miedo de gorriones no se deja de sembrar cañamones*.

Ni puedo consentir tampoco que se dé como cierto que *da Dios almendras al que no tiene muelas*, sabiendo que *Dios, que dá la llaga, dá la medicina*. Ni puede tolerar nadie que se diga: *pobre porfiado saca mendrugo*, cuando se sabe que *más vale caer en gracia que ser gracioso*. Del mismo modo que decir: *quien puede puja*, siendo así que *hace más el que quiere que no el que puede*, por aquello de que *más vale maña que fuerza*. Aun que, en realidad, á la fuerza ahorcan y quedan bien ahorcados.

También es frecuente que *el bien ó el mal á la cara salen*, y no saben los que así piensan que *debajo de una mala capa se oculta un buen bebedor*; lo que equivale á decir: *donde menos se piensa salta la liebre*. Como es frecuente decir que *agua pasada no mueve molino*, sabiéndose de sobra que *el deudor no muera, que la deuda en pié queda*.

Y para acabar, conste que hay algunos refranes con los que se contradicen todos los inventados y por inventar. Válgan de ejemplo: *fiate en la Virgen y no corras*; *ohras son amores y no buenas razones*, etc.

Resulta; pues, que de cuatro plumazos he echado por tierra lo que tantos sábios creían filosófico y trascendental. No hay que asustarse. Ya sé que me dirán ustedes: *alábase, polla, que has puesto un huevo, y ese huevo*.

Pero les responderé que *el que no se alaba de ruín se muere*. Y Cristo con todos.

Con que ustedes dispensen.... y mandar.

ANSELMO GUERRA.

CHIRIGOTAS

Rogamos á los señores corresponsales á quienes hayan sobrado ejemplares del número pasado de LA SEMANA CÓMICA, se sirvan devolvérselos á la mayor brevedad posible.

Es favor que les suplicamos y que les agradeceremos en el alma.



Y ahora que hablo de corresponsales.

Creo que ya sabrán Vds. que un *caballero* valenciano llamado D. Ignacio Guerola, se nos alzó con 261 pesetas (¡que rejalgan se le vuelvan!)

Pues bien; la semana que descubrimos la *filtración*, suspendimos el envío de los paquetes de Valencia.

De modo que no se vendió allí el número.

Doy estas explicaciones como satisfacción á los coleccionistas de LA SEMANA CÓMICA en la antedicha ciudad, los cuales encontrarán el número que les falta, que es el 136, en casa de nuestro actual corresponsal, D. Julián Peris Mencheta, calle de Entenza, número 40.

He dicho.



OBRAS RECIBIDAS.— *El Abogado Popular*. Con este título ha coleccionado nuestro estimable colaborador, el Sr. Huguet y Campañá buen número de consejos y datos, utilísimos á los que han de entender en asuntos de Derecho. Precio: 2 pesetas.

Verdades poéticas (tercera edición corregida é ilustrada con un prólogo de Carracido) por D. Melchor de Palau. Las dos ediciones que de esta obra se han agotado y los elogios que unanimemente mereció cuando fué publicada, nos relevan de hacer su elogio. En el número proximo, si el espacio lo consiente, reproduciremos, con autorización del autor, unas preciosas décimas, pequeña muestra de la innegable valía del libro.

CORRESPONDENCIA

M. M.—Valencia.—No hay de qué. Una sirve. Las demás... no es que esten mal, pero, francamente, no llegan á la talla.

A. N.—Santander.—Que es precisamente lo que sucede con la poesia de Vd.

D. P.—Gijón.—Y con la suya.

N. M. C.—Madrid.—Y con la de Vd.

S. Aloce.—«Yo Julia de tu amor
prendado y rendido estoy;
ámame por compasión
y me quitarás el dolor».

Mire Vd., joven. Lo que necesita, Vd., que le quiten es la chiladura; la chiladura... de hacer versos.

C. T. C.—Madrid.—A quince pesetas los unos y á doce y media las otras.

P de J.—Valladolid.—*Hay niños de costumbres tan livianos*... Bueno, no tengo inconveniente en publicar eso. Solo que al pie pondré la firma de Sinesio Delgado y una llamadita que diga: «Del Madrid Cómico».

A. C.—Madrid.—Es sensible. Porque yo no lo guardé tampoco.

A. de R.—Barcelona.—Se publicará.

D. M.—Madrid.—Pues... peor está que estaba. Porque es el caso que ahora la ha echado V á perder.

M. P.—Barcelona.—Del propio *Mecachis* y mandada por él mismo, como todo lo suyo, á esta redacción.

J. I.—Zaragoza.—Vaya Vd. contando: Cilla, Escaler, *Mecachis*, Moya, Pahissa, Pons... Y todos colaboran á menudo. Ya ve Vd. que nos es difícilísimo admitir dibujos.

D. K. No.—Sevilla.—Tiene Vd. razón que le sobra y verá Vd. como su indicación, que es justa y atentísima no ha caído en saco roto.

J. M. B.—Barcelona.—Pues se ha equivocado usted. Porque ni la vida es una *ilusión* como Vd. asegura, ni

que si lo llegáramos á entender es verso octosilabo, ni lo que Vd. manda es un *pequeño verso*, sino muchos versos malos, ni aun cuando no lo fueran, serian publicables.

T. B. y L. (Guadalajara).—A. V. (Barcelona).—J. A. B. (Zamora).—*Un primo* D. R. D. (Córdoba).—*Pompeyo*.—*Lati-guillo*.—J. de A. Z. (Almería).—*Muzara Camposilla*.—*El Arabe Arebolllá*.—V. V. (Palomares del Campo).—*El comi-nero*.—*El Gamboa* (Granada).—*Pon-pon* y E. G. C. (Valencia).—P. E. y *Cabezas* (Madrid).—J. G. (Barcelona).—Fernan

Caso (Madrid).—*Sinl Zechnas* (Colmenar de Oveja).—*Rufo*.—J. V. y T. V. O. (Barcelona).—*Contraste*.—*Gausint Zeraval*.

—F. de I. (Barcelona).—*Uno de Boringuen*.—*Dos quintos sin un cuarto* y F. D. T. (Santiago de Cuba).—No son publica-

bles. Y Vds. perdonen si por falta de espacio, no especifico las causas.

Imp. de Calzada é Hijo.—Arco del Teatros 9. (paage).

EN EL TALLER, por ESCALER



— Cuando Vd. guste, señor pintor.

LA SEMANA CÓMICA

VERTRALLANS, 3, 1.º

SON COLABORADORES DE ESTE PERIÓDICO LOS MAS CELEBRADOS ESCRITORES Y LOS MAS RENOMBRADOS DIBUJANTES

Precios de suscripción

Barcelona.	.	.	.	1'50 ptas. trimestre.
Provincias.	.	.	.	2'50 " " "

EXPENDEDOR EN BARCELONA:

D. JUAN TASSO

Kiosco de la Rambla de las Flores, frente á la calle del Hospital

EXPENDEDOR EN MADRID:

D. JULIAN RODRIGUEZ

Kiosco de la Universidad Plaza de Santo Domingo

Ayuntamiento de Madrid